Alia Alenyan Gonzalez 2 B

Tras los barrotes.

Sabía que este momento llegaría, tarde o temprano. Pero nunca pensé que sería tan pronto. A decir verdad, siempre supe que jamás estaría preparada. Pero como siempre, el tiempo es inoportuno y caprichoso, y ha decidido que este momento llegue justo cuando menos lo necesitaba.

Te miro. Observo, con fuego en el pecho, cómo giras la llave lentamente, haciendo que todo esto parezca una tortura. O quizá lo es.

Me miras cuando acabas, como si hubieras terminado de cortarle las alas a un pájaro, para dejarlo preso en una inmensa oscuridad.

Eso me has hecho a mí: me has dejado presa en mí misma.

Siento como el miedo se apodera de mis manos, de mis actos, de todo mi ser. Dios mío, siento que me va a dar algo.

Miro tus ojos: esos en los que algún día pude perderme, esos que me ofrecieron un cobijo cuando más lo necesitaba. He estado buscando tu mirada en todos los ojos que se me han cruzado por delante. Y ninguno, ninguno de ellos me ha transmitido ni la mitad de lo que me has transmitido tú.

Pero hoy no hay nada de eso: solo hay hielo. El hielo que necesitaría para apagar el fuego de mi interior, sanar todas las heridas de mi pecho y devolverles la vida que esta noche me has arrebatado.

El hielo que me hace falta, pero que no me vas a dar.

En la jaula en la que me has encerrado y me has mantenido encerrada durante todo este tiempo, hay un espejo. Pequeño, pero puedo alcanzar a verme.

Tengo los ojos rojos de llorar, el pelo alborotado y todo mi cuerpo está temblando.

Pero empiezo a temblar de verdad cuando te veo ahí, mirándome, justo delante de mi reflejo. **Aquello era un jaque mate, no cabía duda.**

¿Cómo he acabado así? ¿Y nosotros? ¿Nosotros cómo hemos podido acabar así?

Quizá todo empezó ese día en el que él se fue. Y nos dejó solos, a tí y a mí.

Ese día, en el que me dí cuenta de que él ya había partido solo, y que no regresaría jamás, fue el día en el que perdí la esperanza en todo, y gracias a eso te conocí a tí.

Desde ahí te mantuviste pegada a mí. No había día en el que no te viera, o no escuchara tu voz. Tu maldita y preciosa voz, que hacía que perdiera el control, pero al mismo tiempo, también me hacía mantenerme pegada a tí.

Sabía que no debía escucharte. Sabía que debería haberte dejado ahí en el momento en el que te conocí. Quizá fue por tu mirada, o por tu voz. Pero nunca lo hice.

Y por eso estamos hoy aquí, tú con el explosivo que hará que mi vida se derrumbe, y yo con el mando detonador en la mano, dispuesta a pulsar el botón si tú me lo pides.

Joder, con lo feliz que podría haber sido. Podría haber sido una chica normal y corriente, si no te hubiera escuchado ese día que me dijiste que me alejara de mis amigos porque no me querían. Si no te hubiera escuchado en ese momento en el que me dijiste que me callara mis problemas hasta con mis propios padres. Si no te hubiera escuchado en ese momento en el que me dijiste que no usara esos pantalones, que no me pusiera esa camiseta, que no me comiera esa galleta, porque si no lo hacía, me vería mejor.

Y te dejé entrar en mi cabeza. Te metiste tan, tan dentro que acabaste formando parte de mi ser. Y ahora no puedo dejar de escucharte y obedecerte.

¿Por qué no me dejaste ser yo, ser como todas las chicas de mi edad, poder tener una vida común? ¿Por qué no intentaste salvarme cuando pudiste? ¿Por qué no me dijiste que era perfecta y que no necesitaba cambiar?

Pero ahora no puedo ser yo. No me puedes salvar. Ya no puedes cambiar nada.

Miro al espejo de nuevo para observarte detenidamente.

¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo ha podido mi mente convertirse en mi peor enemiga?

Miro tu reflejo, y por primera vez, soy realmente consciente de que tú eres yo, y de que yo soy tú.

Que me he convertido en el martillo que ha derribado los pilares de mi vida.

- Yo no quiero ser así. Quiero ser feliz. Me lo merezco - te digo, mirándote a los ojos a través del espejo.
- Podemos ser felices así: solas - me responde.
- No. Así jamás podremos ser felices - digo con un gran dolor en el pecho.

Se me pasa una idea rápida y espontánea por la cabeza. Reflexiono durante unos segundos. No sé si es lo correcto. Pero quizá es la única manera de ser feliz.

Así que sí, lo voy a hacer. Después de años, voy a hacer lo que realmente merezco: ser yo misma, ser feliz.

Así que, cargada de rabia, miedo y esperanza, cosa que hacía años que no sentía, pegué un puñetazo con todas mis fuerzas al espejo, con fe en que esta pesadilla acabara y pudiera volver a ser yo misma.

Miro el espejo en el suelo, que ahora se ha convertido en añicos.

Alzo la mirada y veo cómo una llave vuelve a abrir la puerta de la jaula en la que me encontraba.

"Esto no va a ser nada fácil" pienso mientras avanzo para atravesar la puerta.

- No lo va a ser cariño, pero lo vas a lograr - dice él.

Pensé que jamás lo volvería a ver. Hacía muchos años desde que me abandonó.

- ¡Abuelo! - digo con los ojos cubiertos de lágrimas, y abalanzándome a darle un abrazo.
- Cariño, llevo observándote desde el cielo desde que me marché. Aunque ahora no estemos juntos, yo siempre estaré cuidándote. Ahora que has salido de esta pesadilla, necesito que seas feliz.

Asiento y le doy un último abrazo de despedida. Soy consciente de que esto no va a ser rápido, y mucho menos fácil.

Camino hacia la puerta para cruzarla, con una mezcla de miedo e incertidumbre en mi interior.

Pero pase lo que pase voy a lograrlo. Lo haré por él, y por supuesto, por mí.